

LAS ELECCIONES
EN LOS ESTADOS UNIDOS SEGÚN

JOSÉ MARTÍ

Marlene Vázquez Pérez

La mayor parte del orbe está escandalizada, o temerosa, o sorprendida, o indignada, o sumida en la decepción y la incertidumbre, por el resultado de las elecciones presidenciales en Estados Unidos. No voy a opinar sobre un hecho comentado abundantemente por especialistas en el tema en las más diversas latitudes y medios de comunicación. Sólo quiero decir que aunque no me agrada, no me sorprende en absoluto la llegada de Donald Trump al poder, pues como dijo alguien cuyo nombre no consigo ahora precisar, saber historia no es saber lo que pasó, sino lo que va a pasar.

Cuando se ha leído a José Martí, quien indudablemente fue un testigo excepcional de la vida cotidiana, la política y la cultura estadounidense durante casi tres lustros en las postrimerías del siglo XIX, se tiene la certeza de que lo acontecido era lo previsible. Las campañas electorales norteamericanas y sus resultados, estuvieron siempre en el punto de mira del cubano, pues constituían toda una novedad para el joven intelectual, oriundo de un país oprimido por el dominio colonial español. Además, sus experiencias políticas en otras tierras, como México, Guatemala o Venezuela, distaban de la democracia representativa y siempre estuvieron marcadas por el signo fatídico del caudillismo.

En *Escenas norteamericanas*, enviadas a los diarios más prestigiosos de nuestra América, como *La Nación*, de Buenos Aires y *El Partido Liberal*, de México, entre otros, alabó el proceso eleccionario como nueva forma de nombrar las instancias gubernamentales a diversos niveles, pero también puso en tela de juicio las zonas oscuras de un proceder que se había maleado por la corrupción, el fraude y las luchas de los sectores más ricos por hacerse con el poder. Dentro de lo que he definido como *discurso de la alerta*¹ para caracterizar el modo tan especial que tiene Martí de acercarse a la realidad estadounidense y contar sus experiencias a los lectores, las campañas electorales tienen un protagonismo relevante. Nunca empleó la censura acre, que obstaculizaría la labor de prevención que exigía la

época, pero sí empleó conscientemente todos los recursos a su alcance para develar las interioridades de un mundo de oropel que podía deslumbrar a quienes no estuvieran al tanto de sus verdaderas esencias. Su *discurso de la alerta* no se debe a la casualidad ni es mero fruto de la intuición; es el resultado de una estrategia comunicativa consciente, muy bien pensada, como lo expresara en carta a su amigo mexicano Manuel Mercado, en la que le solicitaba ayuda para publicar sus crónicas en el *Diario*



¹ Cf. Marlene Vázquez Pérez. *La vigilia perpetua: Martí en Nueva York*. Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, p. 18 y ss.

Oficial azteca, pues consideraba importante difundir en México todo tipo de información respecto al país norteamericano. Estaba dispuesto a ajustar sus trabajos al perfil del rotativo. Ahonda en las elecciones y en las campañas que las preceden con agudeza, porque sabe con cuánta curiosidad y admiración son seguidas en nuestras tierras. Jamás dejó de admirar al proceso electoral por su sentido democrático, pero su visión en cuanto a modos de llevarlo a la práctica no será nunca idílica. Su voluntad de informar al respecto, siendo lo más veraz posible, es clara, y existen muchos ejemplos que merecen ser atendidos, como el siguiente, en que describe la urdimbre de un día de elecciones en la Babel de hierro:

*Vamos a pasear por Nueva York hoy que es día de elecciones: a ver quienes votan y cómo y en dónde, y qué se hace después de votar; a ver lo que se trama, vocifera y cuchichea; a pintar en su día de soberanía a este pueblo gigante y complejo; a palparle, ahora que las tiene conmovidas, las gigantescas entrañas. Los niños se preocupan grandemente, no bien empiezan a pensar, de la manera en que se encenderá el sol, y de quien lo encenderá, y de cómo se podría llegar a él: urden en su mente ingenua y novicia colosales escalas: seguir la luz es el primer movimiento perceptible del recién nacido: conocerla, el mayor deseo del niño, y el anhelo del hombre hundirse en ella. Curiosidad igual atrae a los pensadores hacia los misterios de formación y desenvolvimiento de este pueblo, sorprendente muestra ¡ay!, de todo lo que puede llegar a ser una nación preocupada de sí, y desentendida, en su propio goce y contemplación, de las maravillas y dolores del resto del universo humano.*²

En primer término, sobresalen los verbos subrayados, elegidos especialmente para dar idea de la estrategia de ocultamiento y deshonestidad que rodea a los sufragios, los que vistos desde esa perspectiva más parecen pugna violenta que ejercicio civilizado de la libertad. Esos verbos, ajenos a toda pureza de intenciones, vienen a ofrecer la verdadera faz de un sistema de gobierno que se corrompe día a día en una sociedad sólo entregada al egoísmo y al culto de los bienes materiales, lo cual se refuerza con el empleo de la interjección ¡ay! para cerrar las últimas líneas, con lo que se aporta al texto una nota dramática, de alarma, que se perdería al suprimirla. La analogía entre los niños deslumbrados y los ingenuos que se dejan encandilar por el modo de vida norteamericano es todo un llamado a la reflexión para sus lectores hispanos.

Esta crónica es pródiga en ejemplos de esta naturaleza. El párrafo citado es el inicio mismo del texto, y es apenas la punta del *iceberg*, para decirlo en términos hemingwayanos, de lo que nos espera unas líneas más adelante. En otros

² José Martí, “Cartas de Martí. Un día de elecciones en Nueva York”, *La Nación*, Buenos Aires, 7 de enero de 1885. OC t. 10, p. 107.

momentos, ya avanzada la jornada electoral, empleará verbos que también aluden a las prácticas corruptas, con la misma intencionalidad que en los ejemplos ya valorados. Insustituibles resultan para sus fines “*buitrear*”, “*rapacear*”, “*ojear*”, “*seducir*”.³ Los dos últimos están empleados en sus acepciones tradicionales, que se enriquecen en el contexto. El primero, aunque tiene otras acepciones en América del Sur, como cazar buitres o vomitar, sugiere que los “trabajadores” o traficantes de votos se comportan como esta ave de rapiña. El segundo es un neologismo acuñado por Martí, al igual que el adjetivo “*blandilocuos*”.⁴

No se puede hablar de las elecciones estadounidenses en las crónicas martianas sin remitirse a páginas de tanto vuelo como “Historia de la caída del Partido Republicano y del ascenso al poder del Partido Demócrata”.⁵ Si penetrante es el análisis de las cuestiones políticas, significativo es también el modo de exponerla:

Es recia, y nauseabunda, una campaña presidencial en los Estados Unidos. Desde mayo, antes de que cada partido elija sus candidatos, la contienda empieza. Los políticos de oficio, puestos a echar los sucesos por donde más les aprovechen, no buscan para candidato a la Presidencia aquel hombre ilustre cuya virtud sea de premiar, o de cuyos talentos pueda haber bien el país, sino el que por su maña o fortuna o condiciones especiales pueda, aunque esté maculado, asegurar más votos al partido, y más influjo en la administración a los que contribuyan a nombrarlo y sacarle victorioso.⁶

Para entender mejor el sentido del fragmento citado, hay que remitirse al párrafo que lo precede, y que, aparentemente, está dedicado a otras cuestiones, totalmente alejadas de la vida política. Se trata, a mi modo de ver, de un enunciado preparatorio, que junto al que acabamos de leer constituyen una construcción alegórica, destinada, precisamente, a resaltar los males que minan a la democracia representativa estadounidense. Parte aquel con un llamado a tomar distancia, a la objetividad, pues la implicación afectiva no nos permite ver las verdades, por muy claras que sean. Seguidamente, se extiende en una aparente digresión, que se regodea en la descripción del daño interior que hace en un cuerpo lozano y hermoso el ignorado parásito que le carcome las entrañas. Inmediatamente comienza el párrafo que citamos, con esa lapidaria calificación de la campaña presidencial, en la que nada es gratuito. Si se lee atentamente la frase subrayada, es posible apreciar un detalle significativo: hasta la coma está

³ *Ibid.*, p. 110.

⁴ *Ibidem*.

⁵ Cf. el estudio de Ana Cairo “José Martí y la política en los Estados Unidos”, en José Martí, *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892*, edición crítica, Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez, coordinadores, Colección Archivos-Casa de las Américas, Madrid-La Habana, 2003, pp. 1933-1947.

⁶ “Historia de la caída del Partido Republicano y del ascenso al poder del Partido Demócrata”. OC, t. 10, p. 185. OC, Edición crítica, t. 22, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010.

implicada en esa transmisión de sentidos. Como puede verse, el adjetivo “recia” alude a sus significados habituales de vigor, fuerza, violencia y otros afines, que denotan la extrema complejidad del proceso. Al estar seguida de la conjunción “y” pudo haber prescindido de la coma, pues sería correcta aquí la coordinación copulativa entre esos dos elementos análogos de la oración. La pausa, sin embargo, prepara al lector para algo mucho más grave que lo visto hasta ahora, enfatizando la información que aporta el adjetivo siguiente, y que sintetiza, mejor que ningún otro el grado de corrupción imperante. A estas alturas, adquiere sentido de alegoría la unidad que conforman los dos párrafos aludidos, pues se establece una relación de equivalencia entre el cuerpo hermoso y la rutilante sociedad norteamericana, de un lado, y el gusanillo que roe al primero y los males que atacan a la segunda, de otro. Hay, no obstante, otras zonas vigorosas en esta crónica. El entramado textual se hace más rico en la misma medida en que se complejiza el panorama electoral. Veamos la siguiente muestra:

Una vez nombrados en las Convenciones los candidatos, *el cieno sube hasta los arzones de las sillas. Las barbas blancas* de los diarios olvidan el pudor de la vejez. Se vuelcan *cubas de lodo* sobre las cabezas. Se miente y exagera a sabiendas. Se dan *tajos en el vientre y por la espalda*. Se creen legítimas todas las infamias. Todo golpe es bueno, con tal que aturda al enemigo. El que inventa una villanía eficaz se pavonea orgulloso. Se juzgan dispensados, aún los hombres eminentes, de los deberes más triviales del honor. *No concibe nuestra hidalguía latina tal desborde [...]* En vano se leen con ansia en esos meses los periódicos de opiniones más opuestas. Un observador *de buena fe* no sabe cómo analizar una batalla en que todos *creen lícito camppear de mala fe*. De plano niega un diario lo que de plano afirma el otro. De propósito cercena cada uno cuanto honre al candidato adverso. Desconocen en esos días el placer de honrar.⁷

Lo hiperbólico de la primera imagen subrayada da idea exacta de la podredumbre general, casi a punto de ahogar al ciudadano común. Obsérvese como emplea de modo recurrente el cieno o el lodo para construir estas analogías de hondas resonancias expresionistas, que delatan el lado repulsivo de estas prácticas. El primero brota de lo hondo del suelo, es propio de los pantanos y lechos de ríos o lagunas, donde la podredumbre es endógena y continuada. El segundo, por así decirlo, es más circunstancial, pues depende de la lluvia. Ambos adquieren en el fragmento citados connotaciones diferentes: el uno es de raíz, y los males deben ser localizados y extirpados desde ahí, si verdaderamente se desea un mejoramiento, una solución. El otro depende en gran medida de la indignidad y maleabilidad del ser humano, pero también está

subordinado a aquel. Las metonimias siguientes contribuyen a reforzar lo ya expuesto, amplían su sentido. En medio de la cadena de infamias brota la mirada espantada del *otro*, que con el pronombre posesivo “nuestra” se hace uno con el lector, toma distancia, se aparta de tales vilezas. El retruécano final completa el cuadro casi demencial de corrupción y envilecimiento. Sin embargo, en medio de las dolorosas verdades que declara, mantiene la fe en la capacidad humana para autogobernarse, para ejercer su libertad, lo cual habla en favor de la práctica electoral, no de los medios con que se ha ido enrareciendo.

Hubo un ejemplo notable de la instauración del fraude electoral y del desconocimiento del voto popular en las elecciones estadounidenses que fue referido por Martí *a posteriori*, pues en aquel momento residía en México. Se trata de las elecciones presidenciales de 1876, cuando concluía el segundo mandato del presidente Ulysses S. Grant y se enfrentaron en las urnas Samuel J. Tilden y Rutherford B. Hayes. En un controvertido proceso, una comisión electoral nombrada al efecto revocó la victoria demócrata en tres estados y se proclamó como presidente al republicano Hayes. Hubo un serio conflicto interno; pero Tilden –a quien Martí alabó siempre por su honradez en el período en que fuera gobernador de Nueva York–, prefirió conservar la paz, ganando con ello la admiración de sus conciudadanos y del cronista cubano. Su proceder le sirve también a Martí para deslizar al final del fragmento, una lección ética: “Tilden, — que pudo ser hace ocho años, sobre sangre acaso, el Presidente de los Estados Unidos, y, por no verter sangre, no quiso serlo; que sin conflicto alguno lo pudo ser ahora, y echó el manto en los hombros de Cleveland: ¡feliz el que desdeña lo que tantos se disputan! *La indiferencia del poder es la prueba más difícil y menos frecuente de la grandeza del carácter.*”⁸

Estas descripciones de los entresijos de la sociedad norteamericana están dirigidas a situarla en su justo lugar, y no en el sitio de honor de lo que debe ser modelo a seguir. Es un modo de reafirmar la valía de nuestras repúblicas, que deben emprender la búsqueda de sus propias vías de desarrollo, sin esperar por la buena voluntad de Estados Unidos, ni asemejarse en sus modos de organización social, y a la vez, aguzar la cautela como primer elemento de autodefensa. Independientemente de que los textos martianos aquí valorados daten de 1885, cuando el demócrata Grover Cleveland ascendió a la presidencia luego de años de predominio republicano, el lector podrá establecer las evidentes analogías con lo sucedido en nuestros días. ☐

Marlene Vázquez Pérez (Matanzas, 1963). Investigadora cubana, doctora en Historia. Es auxiliar del equipo de la Edición Crítica de las Obras Completas de José Martí, del Centro de Estudios Martianos de La Habana, Cuba, y coordinadora académica del *Anuario* del Centro de Estudios Martianos. Es también profesora y ensayista. Entre sus libros destacan *Martí y Carpentier: de la fábula a la historia* (Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2004) y *La vigilia perpetua. Martí en Nueva York* (Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010). Artículos suyos han aparecido en revistas de Cuba y el extranjero.

⁷ OC, t. 10, pp. 184-185.

⁸ José Martí. *Obras completas*, edición crítica, tomo 22, p. 49.